

Recibido: Enero, 07, 2018

Aceptado: Nov., 26, 2018:

EL ARTE: CIMIENTO CULTURAL DE NUESTRA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

Pedro Rodríguez Martínez

Universidad Centroccidental "Lisandro Alvarado"

. Venezuela

prodriguez@ucla.edu.ve.

Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5549-1677>

Pedro Rodríguez Martínez,
MSc.

Profesor en Educación Integral. Magister en Educación Superior, Doctorando del Doctorado en Cultura Latinoamérica y Caribeña, de la Universidad Pedagógica experimental Libertados, Instituto Pedagógico de Barquisimeto. UPEL-IPB. Actualmente Docente e investigador agregado, a dedicación exclusiva del Decanato Experimental de Humanidades y Artes (DEHA) de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado (UCLA).



RESUMEN

En este ensayo el autor discurre sobre las relaciones entre la cultura y el arte como elementos influenciados por las realidades contextuales que definen la identidad de los pueblos latinoamericanos; para ello, se apoya argumentativamente en algunas ideas de Briceño-Guerrero (1980) y Giunta (1992). Como metodología de este trabajo se apela a la crítica hermenéutica, con miras a develar las relaciones estrechas entre arte-cultura e identidad. Como conclusión, el autor valora la realidad del arte y de sus diversas manifestaciones en Latinoamérica, como merecedora de un sitio propio que permita configurar los pueblos latinoamericanos en tanto poseedores de una identidad cultural y artística propia, que aún continúa consolidándose, pero que a pesar de esto, reafirma rasgos que nos separan de las expresiones del arte europeo.

Palabras clave: arte latinoamericano, arte y cultura, identidad cultural.

ARTS: CULTURAL BASE OF OUR LATINOAMERICAN IDENTITY

ABSTRACT

**Pedro Rodríguez Martínez,
MSc.**

Universidad Centroccidental
"Lisandro Alvarado",
Venezuela.

prodriguez@ucla.edu.ve.

Código ORCID:
<https://orcid.org/0000-0001-5549-1677>

In this essay, the author discusses the correlations between culture and art, as elements influenced by the contextual realities that define the identity of Latin American peoples; for this, it is supported argumentatively in some ideas of Briceño-Guerrero (1980) and Giunta (1992). The essay is methodology based on hermeneutical criticism, with a view to unveiling the close relations between art-culture and identity. In conclusion, the author assesses the reality of art and its various manifestations in Latin America, which deserving a proper seat that allows Latin American people to be the owners of their own cultural and artistic identity, which continues its consolidation and shows a separation from the expressions of european art.

Keywords: latin american art, art and culture, plastic identity.

1. Reflexión Inicial

Los términos cultura y arte en nuestro contexto latinoamericano, han sido considerados como elementos fundamentales en la definición de la realidad identitaria de esta región (Giménez, 2009; Larrain, 2003; Rodríguez, 2017; Tünnermann, 2007). Ambas nociones, entendidas desde su acepción general, siempre han permitido la expresión humana originaria, esa que le da al hombre la capacidad de manifestarse en toda su esencia, al tiempo que alimenta y cultiva su espíritu como individuo, pero también como colectivo.

A partir de lo antes expuesto, la presente experiencia de escritura pretende tratar el tema de la cultura y su relación con el arte, puesto que ambas son aspectos que fungen como manifestaciones humanas, que expresan nuestro sentir y configuran la huella que dejamos en el mundo. Desde este propósito, la presente reflexión permite contextualizar el impacto cultural que ha representado el arte como manifestación especial y mágica en la consolidación de

nuestra identidad cultural como latinoamericanos.

Esta disertación llevará a reflexionar sobre algunas ideas de intelectuales y filósofos latinoamericanos en materia de cultura y arte, como por ejemplo, las del insigne pensador Briceño-Guerrero (1980), de cuyas investigaciones surgen algunos elementos en torno al significado de la filosofía para Latinoamérica. Por otra parte, se encuentra la visión y pensar sobre el arte, abordada por Giunta. (1992), cuyos temas de estudio en torno a las imágenes y el arte argentino y latinoamericano, permiten comprender la proyección del arte dentro del devenir histórico de nuestra cultura y como éste es visualizado hacia otras latitudes del mundo.

2. Arte, cultura e Identidad en Latinoamérica

La identidad cultural ha representado un tema de relevante en las esferas de discusión académica durante todo el pasado siglo XX y en el transcurso de la actual centuria. Dicha temática cobra

mayor complejidad cuando además se tienen presentes las particularidades que encierra una región tan única y especial como Latinoamérica, territorio cargado de una cosmovisión mágica que la distingue del resto del mundo, cuyo intenso mestizaje cultural ha dado lugar a países muy diversos y, sin embargo, conectados por una variedad de tradiciones, costumbres y rasgos idiomáticos que se manifiestan y son sentidas como latinoamericanas, gracias a sus raíces comunes.

Sus historias compartidas, ricas en tradiciones, se mueven también entre los problemas relacionados con la búsqueda de lo que somos, realidad que, en parte, está indisolublemente ligada a esa condición especial que compone la esencia mestiza de sus habitantes; esa esencia que, positiva y negativamente, ha configurado el tipo de pueblo que somos hoy por hoy, empezando por ese inevitable emparentamiento que tenemos con la cultura occidental, aunque sea por línea bastarda, como lo planteara, en su momento, Briceño-Guerrero.

(1980) y que hoy en retrospectiva resultó vital en lo que somos como cultura.

Ese tan discutido y reprochado parentesco cuestionado por Briceño-Guerrero (1980), representa, sin embargo, un lazo invisible y a la vez tan presente en la conformación de nuestra identidad, puesto que por causa de ese legado –aunque generado por un encuentro traumático- de tres tradiciones (negra africana, indígena y europea occidental), la historia nos permitió ser la realidad de pueblo mestizo con la rica cultura sincrética que somos en la actualidad.

Pese a las distintas discusiones referidas a la dominación de la cultura europea occidental que se configuró como la más fuerte y que para el momento arrojó y desarticuló a las otras dos culturas, este cruce de realidades resultó en el acontecimiento más feliz de nuestra historia como individuos, puesto que fue un evento enriquecedor de nuestra conformación como nación; de modo que vale la pena acotar la

necesidad actual de lanzar una mirada reflexiva que vaya más allá de ver atrás y lamentarse de la cruda colisión que representó el proceso de conquista y colonización; así que para hablar de cultura en nuestras naciones es menester deslastrarnos de anacronismos reflexivos que no llevan a nada y que no cambiarán el pasado. Por el contrario, corresponde entender cómo estos acontecimientos del pasado pueden y deben representar la ruta que termine de definir la unidad, la diversidad y la individualidad especial a la que estamos destinados como cultura latinoamericana; así que estudiar la misma desde los aportes de los distintos grupos étnicos es la vía más sana para hablar de identidad latinoamericana.

En esa búsqueda de identidad cultural, nuestros pueblos latinoamericanos -algunos más que otros- han iniciado de forma lenta la tarea de superar esa sombra arraigada de modelos dominantes europeos (occidentales) y los traumas pasados en torno al origen cultural de nuestros pueblos; algunas

de nuestras sociedad de Latinoamérica se han afanado por luchar contra las ideas que han aletargado la generación y la visibilización de los elementos que nos identifican y permiten tener una libertad identitaria, que sea fiel a nuestra conciencia y con la cual se terminaría de consolidar la visión de nuestras naciones, en atención a sus particularidades en planos como la tradición, la cultura y la creación de nuevos valores más nuestros y genuinamente latinoamericanos.

Este proceso, en opinión particular de quien escribe, ya se va desarrollando aunque de forma lenta e imperceptible; así que, la exaltación de nuestras identidades culturales ha resultado evidente al observar nuestras culturas desde los aguzados ojos críticos y analíticos de pensadores, hacedores y creadores latinoamericanos como Andrés Bello (1881), Simón Rodríguez (1828), Víctor Raúl Haya, Octavio Paz (1973), Arturo Uslar Pietri (1996), José Martí (1891), Eduardo Galeano (1971), José Manuel Briceño-Guerrero (1980), Andrea Giunta

(1992), entre muchos otros. Estos ciudadanos se han entregado a la encomiable labor de cuestionar su tradición e interrogar su cultura, buscando responder las interrogantes sobre las características que hacen únicos nuestros pueblos, a través del múltiples accionares desde sus saberes filosóficos, políticos, jurídicos, morales y artísticos.

En cuanto al arte o a los rasgos artísticos de nuestra cultura como expresión del pensamiento humano, en este diverso accionar de saberes, siempre resulta ser un elemento cultural fascinante del comportamiento humano, debido al papel que el arte ha representado como agente culturizante en las sociedades, así como el elemento configurador de la identidad cultural ya que el arte expresa y manifiesta la esencia humana y su sentido de comunidad, de colectivo, de grupo, el arte es y siempre será el catalizador de nuestras emociones humanas. Por esto, resulta interesante extrapolar esta percepción al arte en la cultura Latinoamérica, es decir, se

hace necesario mirar las manifestaciones del arte mucho más allá de lo que históricamente se ha planteado en torno a este tema.

Ciertamente, un auge descollante del arte es evidente a partir del siglo XVII y XVIII, cobrando gran empuje al final del siglo XIX, en el cual, luego de la independencia de las colonias españolas en América, se inicia realmente un periodo de manifestaciones estéticas en Latinoamérica, siendo este el contexto idóneo para un desarrollo artístico de nuestros pueblos, los cuales dejaron imborrables huellas culturales en cada una de nuestras naciones. Vale la pena acotar como lo señala, Toledo, Silva y Bertoli (2000) que mucho antes de la centuria decimonónica, ya existían raíces que significaron las bases de la identidad del arte latinoamericano; sin embargo, dichas raíces se visibilizaron especialmente, a partir del momento del choque o encuentro de esas tradiciones culturales traídas por nuestros visitantes (parr. 11).

Ese proceso de transculturación, que inicia tras la larga e incansable tarea de imposición de modelos y estilos traídos por los conquistadores dejó, sin embargo, también ver la resistencia inicial de nuestros pueblos a la dominación europea, puesto que nuestros indígenas lograron conservar y perpetuar parte de su patrimonio cultural, principalmente en las creaciones artísticas; herencia que puede evidenciarse a través de los diversos manejos estéticos que se aprecian en los distintos productos del arte que de esa época aún perduran, con una preferencia por paletas de colores puros que se observan en las expresiones artísticas, tanto ceramísticas, pictóricas como arquitectónicas.

La evidencia de implementación de estos tratamientos estéticos, así como de la utilización de temas y motivos alusivos a representaciones fitomórficas (mazorcas de maíz y piñas entre otros) y zoomórficas (pumas, colibríes, entre otros), dan cuenta de un respeto y valoración por el ámbito natural y cultural de

nuestros indígenas, así como de la necesidad preservar elementos expresivos autóctonos de nuestro multi-recursivo abanico de haberes culturales latinoamericanos.

Respecto a esta fisonomía propia del arte latinoamericano, Toledo, Silva y Bertoli (2000), advierten que nuestra identidad cobra un mayor nivel de expresión en el siglo XVIII, lo que se manifiesta en las contribuciones de exponentes como Carlos Duarte, Alfredo Boulton y Juan Calzadilla, entre otros. Estos artistas, según señalan los citados autores, pertenecen al estilo o corriente denominado “Barroco Americano”, el cual se caracterizó por las hermosas ornamentaciones en la arquitectura, así como en fachadas y retablos estilo que lo caracterizo de forma única atribuyéndole sus propias diferencias respecto al referente europeo.

A este respecto, Pino (1987) señala que el Barroco Americano fue fundamentalmente un estilo arquitectónico, pues escultura y pintura se desarrollaron supeditadas

a la ornamentación de las iglesias, palacios y otros edificios importantes, en los cuales el derroche de fantasía decorativa dio lugar a desenfrenadas creaciones de brillante cromatismo, desbordado en diversidad de materiales (p. 123). Este aflorar de expresiones artísticas surgidas de este arte latinoamericano dejó diversas huellas plasmadas de la mano de destacar figuras cimera de este periodo del arte.

Entre los exponentes relevantes considerados desarrolladores del Barroco Americano encontramos a Francisco Lisboa, apodado el Alejandinho, un artista que dejó creaciones como su conjunto arquitectónico, escultórico y paisajístico de la iglesia del Buen Jesús de Matosinhos en Congonhas Minas Gerais, Brasil, incluida en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO., legado fehaciente de esa esencia y capacidad nuestra como cultura, para crear majestuosas muestra de artes tan relevantes como cualquiera de la vieja Europa (Toledo, Silva y Bertoli, 2000).

La liberación de nuestros territorios de la dominación europea en el siglo XIX, con la gestación de una naciente clase burguesa, dio paso a nuevas percepciones del arte en la región latinoamericana, tendencias, por desgracia, aún impregnadas de la tradicionalista influencia occidental de los modelos europeos, que se resistía a la erradicación de su huella en las propuestas emergentes. Como reflejo de esta realidad, las nacientes academias, creadas a todo lo largo del territorio latinoamericano, siguieron corrientes artísticas predominantes en el viejo continente (Gutiérrez, 2016, p. 3).

Pese a este contexto, una serie de pintores criollos autodidactas surge y se resisten a sucumbir ante estas influencias, entre ellos se pueden nombrar pintores como los de la escuela de El Tocuyo en Venezuela, cuyo máximo representante fue el aún desconocido “Pintor de El Tocuyo”, quien plasmaba la imaginería religiosa de su tiempo. En México destaca José Guadalupe Posada y en Ecuador, Joaquín Pinto,

artistas costumbristas que proyectan, por un lado, la vida y el ambiente de Latinoamérica, retratando las costumbres de sus pueblos a través de dibujos, grabados y otros géneros, pero desde esas mismas representaciones, expresaban mensajes caricaturescos que satirizaban la vida social y política de sus naciones. Todos ellos son muestra de la fulgurante actividad artística que se estaba desarrollando en nuestro territorio Latinoamericano como evidencia de nuestra identidad cultural en materia de arte plástico.

Ese renovado fulgor del arte latinoamericano buscaba retomar las realidades y problemas de la existencia popular y cultural de las sociedades donde convivían los artistas; prueba de este tipo de hacer artístico lo revela trabajos como los del pintor peruano José Gil Castro, quien a través de los retratos que hacían honor a las figuras revolucionarias de las campañas de Independencia en su país, inmortalizó la realidad popular de su tiempo y visibilizó una herencia que

para el artista era necesario preservar.

Este tipo de acción plástica cobra mayor contundencia en este siglo XX, de la mano de los muralistas mexicanos; esta escuela de pintura encarnó la Revolución Mexicana, de repercusión universal; en este espacio surgieron figuras descollantes de esta movimiento como: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco; estos artistas de ideas revolucionarias acentuaron con gran ímpetu y entrega la visión de la emancipación de nuestra cultura latinoamericana, impulsando al mismo tiempo la internacionalización del movimiento muralista que se extendió a otros países de América, básicamente en las naciones poseedoras de una gran población indígena.

En este sentido Laramurillo (2017), explica:

El deseo de los intelectuales modernistas por adueñarse de modelos culturales europeos, aunque manteniendo una base en su propia tradición e historia, en

donde el criollismo y el indigenismo serían poderosas fuerzas que se unirán de forma aparente en el inicio del siglo XX, motivados básicamente por empeños nacionalistas y políticos, afianzado el surgimiento del proyecto pictórico más importante de Sudamérica: el Movimiento Muralista Mexicano, fundamentado en el denominado realismo social que fue un trascendente proceso cultural, muy relacionado con el indigenismo con sus manifestaciones literarias, plásticas y sociales desarrolladas básicamente en las naciones poseedoras de una gran población indígena: Bolivia, Perú, Ecuador y México. La conexión con el expresionismo venía generándose en Latinoamérica como una gran oleada artística iniciada en México (p. 18).

Todos los creadores mencionados, así como otros, conformaron esa génesis artística que fue contribuyendo a definir el rostro de nuestra identidad cultural, apoyado, por supuesto, en esa tradición costumbrista del arte, que encontraba su vena creativa en el estudio directo de escenas típicas y

el modo de vida nacional y popular de nuestros pueblos latinoamericanos. Es menester acotar, como lo plantean Toledo, Silva y Bertoli (2000), que el protagonista real de este arte era la vida contemporánea misma que rodeaba al artista, ya que gracias a ese contexto surgieron las creaciones que dieron rostro al arte de ese siglo, que no perdió nunca de vista ni ocultó la realidad propia de nuestros pueblos, ni las imágenes de los oprimidos de nuestra América.

Esta realidad que encaminó la gestación y formación de las concepciones culturales nacionalistas de nuestra América, también generó y demandó de esa misma dinámica de interrogación cultural constante, el reevaluar nuestro pasado y reivindicar las tradiciones propias. De manera que en el panorama de siglo XX “este reflexionar de los pensadores y creadores del arte encamina la consolidación de una identidad latinoamericana, la cual se va configurando al mismo tiempo hacia un carácter profundamente sincrético que refleja sus profundas y

heterogéneas raíces aborígen, europea y africana” (Toledo, Silva y Bertoli, 2000), pero desde la armonía y valoración que sólo la visión creadora del arte sabe unir e interrelacionar.

3. El arte latinoamericano en el siglo XXI

Queda develado que el siglo XX marcó para el arte de Latinoamérica importantes influencias, heredadas de imbricados procesos de mestizaje cultural, así como de la heterogénea variedad de componentes en su devenir histórico, cuyo rostro hasta ahora fue y sigue matizándose por los grandes movimientos políticos y sociales de la centuria. Ello deja en la mesa la inevitable interrogante acerca de qué particularidades serán las que este siglo XXI traerá para la visión contemporánea del arte en América Latina. Sólo se espera que sean eventos que contribuyan a potenciar el sentido de autonomía y fortalecimiento de nuestra identidad cultural y por supuesto nuestra inigualable visión del arte.

En los momentos actuales del arte latinoamericano, las expresiones artísticas, como los propios artistas parecieran aflorar todos los días, orquestando nuevas expresiones con frescas y novedosas propuestas. Es claro que existe una dinámica creativa constante, la cual obliga a poner en contexto lo que somos y lo que nos identifica, para -sobre la base de esa realidad- reconocer diferentes manifestaciones artísticas no visibilizadas de esa expresión plástica nuestra; sólo así se podrá evaluar cualquier obra del arte como un producto cualitativamente constructivo y activo, capaz de registrar la capacidad de remover las conciencias de los observadores culturales, que aprecian las obras del arte plástico y que, no necesariamente, son entendedores de la materia, sino más bien individuos culturales.

En la actualidad, se aprecia en el ámbito plástico la intención de consolidar un cambio de paradigma artístico, un paradigma generador de nuevas ideas y propuestas que instigue con su creación la apertura

de una nueva corriente y una visión actual en sus expresiones, que remuevan y sacudan las fibras reflexivas más sensibles de la gente en nuestras naciones. Aunque tal intento de cambio no sería posible, si no se cuenta con una atmósfera social sacudida en sus mismas entrañas por poderosos objetivos de transformación cultural. La tarea no se muestra sencilla, pero es en el clímax de estas tribulaciones donde las inquietudes se exaltan y obligan con firmeza a revisar y mirar nuestros inventarios intelectuales, todo ello con la esperanza de consultar y reflexionar sobre el conocimiento, la experiencia y las vivencias en el arte.

Lo que en retrospectiva viene a significar el arte en nuestra cultura latinoamericana, cuando vemos nuestros pasos, se puede sintetizar en la siguiente idea: desde el siglo XVII hasta la actualidad, América Latina ha representado un elemento activo en la construcción de la modernidad y conceptualización del arte en el mundo, gracias a que sus artistas han producido -y producen- obras magníficas y únicas que

merecen ser consideradas en todas sus dimensiones y contextos particulares, como legado de la configuración brillante de las realidades que conforman nuestra identidad cultural latinoamericana.

4. Consideraciones Finales

En conclusión, el arte latinoamericano vivió con pasión, desde los siglos XVII hasta el XX, toda una travesía artística. Sopesó todos los signos del Modernismo y los diferentes movimientos de acción política y estética que tuvieron y proyectaron algún tipo de reflejo en él, y aún hoy en día, dicha travesía dista mucho de culminar su andar; es decir, en el arte nada es concluyente y más aún, cuando falta definir un rostro y una identidad definitiva del arte en Latinoamérica, toda vez que sus propios protagonistas deben luchar por desmontar las estructuras mentales -más que las estéticas- que los arraigan a viejos modelos tradicionalistas ajenos a nuestras latitudes.

Parece muy vigente aún la sombra de occidente, aunque ya no con tanta

fuerza; todavía es persistente en el ámbito del Arte, la afirmación de que lo que realmente es arte es lo que se crea en occidente (Europa); esta situación se vuelve más delicada hoy día, puesto que se ha reforzado la idea de que el arte vive inmerso en una dinámica internacional, donde se valora con vehemencia que el real triunfo del arte es sólo en Europa o en Estados Unidos, dejando los éxitos locales solo como un premio de consuelo.

La proverbial incomunicación entre los propios países latinoamericanos hace, por su parte, ensanchar la brecha que retrasa la unión y consolidación de la soberanía cultural; si esta situación persiste, la mayoría de las expresiones surgidas de nuestras manifestaciones culturales y artistas quedará dispersa. Lo que, en consecuencia, no permite visibilizar con claridad que en América Latina no sólo se produjo arte, sino pensamiento teórico sobre el cual se fundamenta la producción artística y son muchos los casos que se encontrarán de latinoamericanos que se anticiparon tanto en la teoría,

como en la práctica artística, que resultan ser más bien importantes en EE UU o Europa, casos bien específicos lo tenemos en pensadores, teóricos y críticos del arte como: Juan Acha, Marta Traba, Gerardo Mosquera, Néstor García Canclini, Luis Camnitzer, Nelly Richard y Mirko Lauer, entre los más conocidos.

El siglo XXI ha vuelto con gran interés la mirada al arte latinoamericano del siglo XX, descubriendo con gran sorpresa que lo se consideraba “reflejo” de las vanguardias europeas, se ve hoy bajo otra perspectiva, en la cual se descubren señas de identidad propia y original. También se reconoce el papel de determinados artistas en el impulso de los movimientos internacionales; ejemplo de ello son Calos Cruz Diez, Alejandro Otero, Jesús Soto, Alivio Palacio, Fernando Botero por nombrar algunos.

En definitiva, es incuestionable que la visión del arte en Latinoamérica avanza a marcha lenta pero constante; el arte, de la mano

de la cultura, va esculpiendo la faz de esa expresión propia que indeteniblemente nos enrumba a esa anhelada y definitiva identidad continental. El arte como la cultura por su parentesco humano ha dejado en nuestra definición como latinoamericanos su huella indetenible, afirmando con fuerza su poderosa personalidad y óptica propia, visión que corresponde a un hombre de un continente que - formando parte del mundo entero- muestra particularidades y rasgos específicos dentro de este proceso de autoconciencia; en una palabra: una identidad propia. No es por casualidad que en pleno siglo XXI este hombre y su arte esté tomando nuevos bríos con intención de notarse en el escenario mundial, sin olvidar jamás por supuesto su recorrido desde las culturas precolombinas, pasando por el proceso de transculturación, hasta las últimas tendencias de vanguardia en el arte.

Referencias

- Bello, A (1881). *Filosofía del entendimiento*. Santiago, Chile: Pedro G. Ramírez. Recuperado de: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/belloentend.pdf>
- Briceño-Guerrero, J. M. (1980) *¿Qué es la Filosofía?* Barquisimeto, Venezuela: Fundación Buría. 2007.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Editorial Monthly Review. Recuperado de: <http://bdigital.bnjm.cu/docs/libros/PROCE4346/Las%20Venas%20abiertas%20de%20America%20Latina.pdf>
- Giménez, G. (2009). Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas. *Frontera Norte*, 21(41), 8-32.
- Giunta, A. (1992). *Escribiendo las imágenes. Ensayos sobre el arte argentino y latinoamericano*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Gutiérrez, R. (2016). Barroco americano y contemporaneidad. Persistencias, resignificaciones, escenarios (1810-1945). En: I. Rodríguez, M. Fernández y C. Calderón. (Eds.), *Arte y patrimonio en Iberoamérica: tráfico transoceánicos*, pp. 321-342. Castellón, España: Universitat Jaume I.

- Haya, V. (1927). *Por la emancipación de América*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/haya/1920s/1927-porlaemancipacion.pdf>
- Larrain, J. (2003). El concepto de identidad. *Famecos*, 21, 30-42.
- Laramurillo, C. (2017). El barroco en el arte latinoamericano como parte del proceso de la Modernidad. *Revista de Arte Contemporáneo*, 3, 16-21. Recuperado de: <http://scielo.senescyt.gob.ec/pdf/indexpuce/n3/2477-9199-indexpuce-03-00016.pdf>
- Martí, J. (1891). Nuestra América. *Revista Ilustrada de Nueva York*. Recuperado de: <https://www.encaribe.org/Files/Personalidades/jose-marti-perez/texto/Nuestra%20Am%C3%A9rica.pdf>
- Paz, O. (1973) *El signo y el garabato*, México, DF, México: Seix Barral.
- Pino, G. (1987). El barroco americano. *Revista Estudios*, 7, 119-139.
- Rodríguez, S. (1828). *Sociedades americanas*. Venezuela. Recuperado de https://books.google.co.ve/books/about/Sociedades_americanas.html?id=IBjTunj8t5IC&printsec=frontcover&source=kp_read_button&redirect_esc=y#v=onepage&q&f=false
- Rodríguez, P. (2017). Cultura e identidad en Latinoamérica: influjo de un pensamiento híbrido. *Dissertare. Revista de investigación en Ciencias Sociales*, 2(1), 109-118.
- Toledo, R. Silva, M. y Bertoli, B. (2000). *El arte como expresión de la identidad cultural en América Latina*. Recuperado de: <https://www.monografias.com/trabajos105/arte-como-expresion-identidad-cultural-america-latina/arte-como-expresion-identidad-cultural-america-latina.shtml>
- Tünnermann, C. (2007). América Latina: identidad y diversidad cultural. El aporte de las universidades al proceso integracionista. *Polis. Revista Latinoamericana*, 18, 1-19.
- Uslar P., A. (2007). El mestizaje y el nuevo mundo: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcsz2t6>.